

Balmaseda Maestu, Enrique (1996) La poesía de Carlos Sahagún
Universidad de La Rioja. Servicio de Publicaciones
ISBN 84-88713-34-7

INTRODUCCIÓN

El presente estudio busca, no sólo poner de relieve la importancia de la figura literaria de Carlos Sahagún, uno de los autores más interesantes y representativos de la poesía española de nuestro tiempo, sino también el hacer una lectura crítica de su obra poética ponderando su singularidad y sus valores éticos y estéticos. En este sentido, Sahagún construye un rico universo poético sobre el que edifica una coherente y sólida cosmovisión trascendida verbalmente donde todos sus elementos (temas, influjos, símbolos, estructuras formales, rasgos lingüísticos, aspectos gráficos, etc.) se integran armoniosa y cohesivamente proporcionando un convincente 'proyecto de respuesta ante el mundo' (como él mismo dice).

Entre los poetas de su generación, Sahagún es un nombre imprescindible que, sin embargo, no ha obtenido todavía la fortuna crítica que vienen gozando otros miembros de su nómina mayor (en la que, no obstante, por derecho propio se le incluye normalmente) como los del grupo barcelonés -Gil de Biedma, Goytisolo y Barral- o como Valente, González, Rodríguez, Caballero Bonald y Brines. Ciertamente, aparte de las numerosas reseñas nacidas a raíz de la publicación de alguno de sus libros o de la obtención de premios por ellos, cuenta ya con una serie de trabajos estimables entre los que se han de señalar, sobre todo, los de Rodríguez Puértolas (1970, 1984), Manrique de Lara (1974), Antonio Gracia (1984), García Martín (1986), Debicki (1987), Prieto de Paula (1987), y a los que cabe añadir, entre las reseñas aludidas, las de Villa (1958) Caballero Bonald (1957-8, 1962), Cano (1973) y Miró (1980). Mención aparte merece el cabal estudio de Santiago Navarro que, aún inédito, constituyó su Memoria de

Licenciatura (1989). A ellos añado mi lectura que, dentro de los límites de un volumen como el presente, aspira a proponer una visión de la poesía de Sahagún que conjugue equilibradamente la globalidad y el detalle, las aportaciones de la crítica y la interpretación personal inmanente.

Para situar a Sahagún en su marco histórico y literario hemos de comenzar por recordar algunas cuestiones claves de la poesía española de posguerra de donde emerge y de la urdimbre generacional que le corresponde. Tras la inmediata posguerra (años cuarenta), en la década de los cincuenta se vislumbran signos de cambios económicos en la historia general del país y se abre un nuevo tiempo dialéctico en la poesía: el movimiento de la poesía social, de vida intensa y efímera, con su desarrollo, cenit y vertiginoso declinar en torno a los dos lustros con eje en el año 1960. Este es el contexto histórico y literario del que surgen los poetas del 50, con el cual se vinculan en su sentido más estricto como poetas de posguerra.

Muchas serían las precisiones que hacer en torno a los alcances, méritos y deméritos de la poesía social, tan incomprendida, descontextualizada y pronto olvidada. Entre tales precisiones no es de las menores la referida a las valiosas aportaciones de varios de los poetas del 50 al movimiento, en medio del que nacen a la poesía y se mueven entre el continuismo y la superación, entre la tradición y la originalidad, ante una poesía ética que las circunstancias históricas y sociales reclamaban y ante sus propias necesidades de expresión poética para que la dinámica y renovación literarias siguieran su propio proceso interno. Sin renunciar al inconformismo solidario canalizado poéticamente y asumiendo la conciencia de sus defectos (reducción temática, descuido expresivo, carácter comunicativo y destino mayoritario de la poesía mal entendidos...) reaccionan, desde dentro del movimiento y no contra él, a favor de un concepto de lo artístico más exigente, basado en el escrupuloso tratamiento lingüístico del poema y en su naturaleza cognoscitiva: “no dieron muerte a la poesía social, realizaron algo más noble: la transformaron redimiéndola” (Jiménez, 1972:283). Serán más ‘poetas de la experiencia’ en un sentido integrador del *yo* y del *otro* -aunamiento de lo individual y lo colectivo, del tono moral y del carácter reflexivo, de la indagación y de la vivencia, de la comunicación y del conocimiento-, liberando a la poesía de una función utilitaria chata y esquemática sin solución de continuidad estética.

En esta fase clave del surgimiento de concepciones poéticas renovadoras intervienen y se configuran los poetas del 50 en tanto promoción o generación literaria, como fueron agrupados desde muy pronto, tendencia que no ha hecho sino acentuarse con el paso del tiempo hasta nuestros días. Sintetizando, en medio de las circunstancias ideológicas y ambientales en torno a los años 50

(segundo lustro principalmente) se fraguan los poetas del medio siglo dentro de un grupo de escritores de presión cultural (cf. Vázquez, 1984:119-123), participando con otros poetas mayores (Celaya, Otero, Hierro...), en una etapa durante la que el grupo barcelonés (Gil de Biedma, Barral, Goytisolo, principalmente), abriéndose a compañeros de otras latitudes peninsulares (Rodríguez, Valente, Crespo, González, Caballero Bonald, López Pacheco, Brines, Sahagún...) toma 'posiciones literarias' a través de una propuesta poética y de una estrategia editorial de perfiles generacionales. En esa década y hasta 1963, aproximadamente, aparece la mayor parte de los títulos con que los poetas del 50 revelan su personal manera de entender y de hacer la poesía.

Con orígenes comunes, la crítica ha tendido a ver su fase de 'despegue' como la de mayor cohesión del grupo, no sólo por circunstancias biográficas, sino también por características creativas. Sin minimizar nunca singularidades y matices, los paralelismos son extensibles en parte a lo largo de sus respectivas carreras: tras la etapa de socialrealismo en la que cada uno participó a su modo y tras atravesar fases de silencio, los que continuaron en la brecha (Barral, Goytisolo, González, Caballero Bonald, Brines, Valente, Rodríguez, Sahagún...) intensificaron sus preocupaciones por los temas de la memoria y del tiempo, del amor existencial y erótico, de la condición del ser y de la palabra poética para investigarlo. En el plano formal propendieron a la concentración y al simbolismo e incluso al hermetismo y a lo onírico, dentro de una rigurosa estructuración de los textos y de la selección verbal, tiñendo sus últimos libros con un tono nihilista derivado de la conciencia del tiempo y de un sentimiento de fracaso gnoseológico.

En cuanto a los canales de publicación, a pesar de que no hubo una voluntad predeterminada por parte de los poetas del 50, exceptuando a los del grupo catalán, una serie de revistas, colecciones, antologías y premios estudiados por la crítica (Rubio, 1976; Payeras 1986, Bonet, 1988) constituyó de algún modo una plataforma de la manifestación y consolidación generacional: *Laye, El Ciervo, Acento cultural, El pájaro de paja, La caña gris, Ariel, Papeles de Son Armadans, Cuadernos Hispanoamericanos, Poesía de España e Ínsula*, entre las más significativas, fueron levantando acta de aparición de las nuevas voces en tanto conjunto poético más o menos homogéneo. No es que Sahagún se hallara vinculado a revistas concretas, pero su nombre y sus poemas estuvieron presentes en varias representativas: *Verbo, La caña gris, Cuadernos de Ágora, Ínsula, Poesía Española, Álamo, Si la píldora bien supiera no la doraran por fuera, Camp de l'arpa...* Asimismo, Sahagún obtuvo los premios "Adonais" y "Boscán", cuyo carácter generacional ha sido recurrentemente señalado por la crítica. Paralela a la colección "Adonais" fue, en cierto sentido, la catalana "Colliure", que representa, respecto a la anterior, un segundo momento genera-

cional a la vez que la ligazón de los poetas de la segunda generación con algunos de sus mayores (Celaya, Fuertes, Blas de Otero y Nora) y los contactos de los poetas de Barcelona -no sólo catalanes- con los de Madrid. También la colección "El bardo de poesía" marcó otro lugar y momento generacional en que el grupo empieza a ser alcanzado por algunos poetas más jóvenes. En cuanto a las antologías, la que manifestó un carácter más programático fue la famosa de Castellet de 1960 donde figuraron los nombres claves del grupo (incluidos Brines y Sahagún, aunque en la edición de 1965). Aparte de ésta, hay que destacar la de Ribes de 1963 y la de Batlló de 1968, ambos mentores de la nueva generación poética, si bien no se han de olvidar otras que, a veces estableciendo 'relaciones dialécticas' con las anteriores, fueron definiendo sus derroteros, como las de Jiménez Martos (1961), Mantero (1966) y Martínez Ruiz (1971). Carácter retrospectivo tienen la de García Hortelano y la de Hernández (ambas de 1978). A través de revistas, premios y antologías se observa la paulatina definición del perfil exterior del grupo generacional y el alto grado de convergencia de Sahagún con esa definición. Otra circunstancia importante que ha venido contribuyendo a la misma es la red de relaciones entre ellos, su amistad desde el principio y la participación a lo largo del tiempo en actos comunes (contactos, homenajes, encuentros y congresos...).

En cuanto a los rasgos que les ha señalado la crítica y con los que ellos mismos, en general, se han visto identificados, sirva recordar que se trata de una generación continuista o cumulativa, con orígenes sociales en la burguesía media y con una asunción ideológica antifranquista. Desde el punto de vista cultural, asimilaron, con uno u otro designio (ideológico o / y poético), la herencia literaria de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, del 27 (especialmente de Cernuda, Salinas y Aleixandre), de algunos de los poetas de "la generación intermedia" (en particular de Blas de Otero y de Hierro, también de Nora y Celaya), de los grandes poetas americanos de este siglo (Vallejo y Neruda) y de la más significativa literatura europea y americana de los siglos XIX y XX. Sus temas giran en torno al 'hombre situado', en el sentido más pleno del sintagma: en su dimensión histórica (testimonio y solidaridad) y en su dimensión personal (intimidad, conciencia temporal, amor erótico o/y existencial). Asimismo, sus reflexiones en torno a la naturaleza y funciones de la palabra poética también han venido ganando importancia cuantitativa y cualitativa a lo largo de sus ejecutorias literarias. En el tratamiento de las formas se distinguen por su rigor lingüístico y obsesión por la obra bien hecha. Otros rasgos identificativos -por tópicos no menos reales- son su armónica conciliación de lo personal y de lo colectivo, su preocupación por los temas de la memoria (infancia), el carácter ético, experiencial y temporalista de su poesía, la utilización del tono irónico, la relativización de la figura del poeta, la importancia de la amistad y de lo urbano y, por

supuesto, su concepción de la poesía como conocimiento.

Es precisamente la “poética generacional” uno de los argumentos estrictamente literarios (o de filosofía poética), tanto en un nivel teórico como en su plasmación práctica, de más relevancia para la delimitación de su perfil generacional. La poesía como medio de conocimiento constituyó, desde la polémica con Bousoño (cf. Rubio, 1980), una especie de ‘pronunciamiento’ generacional que, en vinculación con la decadencia de la poesía social, no fue sino el primer jalón de toda una serie de aquilatadas reflexiones sobre el valor ontológico y funcional de la poesía; el segundo momento estaría representado, inicialmente, por la aportación de Valente a partir de 1961 en que comienza a desarrollar su nociones sobre el conocimiento literario; el tercero, el marcado por los poetas de la antología de Ribes (1963) -Valente de nuevo, González, Rodríguez, Sahagún y Cabañero- quienes, menos este último quizá, inciden en el mismo nudo de preocupaciones y planteos. Las poéticas incluidas en *Poesía última* constituyeron uno de los hitos generacionales, desde el punto de vista de su teoría literaria, en el conjunto de controversias y reflexiones que tuvieron lugar entre finales de los 50 y principios de los 60 en torno a la poesía como medio de conocimiento y / o comunicación. En este contexto, Sahagún participó decididamente en la orientación de quienes defendían sobre todo el estatuto cognoscitivo de la poesía por encima de su valor comunicativo, al que ponía bastantes reparos. Los anteriores, junto a otros compañeros (Caballero Bonald, Brines, etc.), han abundado a lo largo de sus trayectorias en el concepto del conocimiento poético añadiendo matizaciones enriquecedoras.

Además de esta línea, otras dos, muy imbricadas con la anterior, han sido defendidas y transitadas por ellos: la de una poesía de la experiencia y la de una poesía ética. Una poesía de la experiencia porque parte de la vida personal y porque se convierte en sí misma en la experiencia de y en el poema que la contempla y la investiga (la redescubre y conoce); y una poesía moral como forma de revelación íntima y de elucidación exterior, del sujeto y del objeto, que tiende a la búsqueda gnoseológica y crítica de la condición humana y que, por ello mismo, desprende una actitud esencialmente ética (en absoluto confundible con un compromiso socialrealista de corto vuelo).

Todo ello, de lo biográfico a lo epistemológico, constituye una base nada desdeñable para la determinación del fenómeno generacional en los poetas del 50: circunstancias históricas y sociales, rasgos, influencias, contactos, canales, poéticas, autoconciencia... permiten razonar la coherencia y trabazón del grupo poético del 50, epítome relevante de la generación toda, dentro de la que Sahagún, sin dejar por ello de tener una voz personalísima y extraordinaria, es un nombre clave y representativo de sus caminos.

Desde muy temprano, por su obtención del “Adonais”, por su amistad con poetas como Brines, Cabañero y Rodríguez, por su presencia en los círculos poéticos de la época y, sobre todo, por el talante de su poesía, comienza a ser considerado como uno de los líricos más genuinos y renovadores, con una asombrosa capacidad para conciliar los temas íntimos (amor, memoria) con el compromiso histórico, la cordialidad de su verso con el rigor estilístico. Aspectos que a lo largo de los años no han hecho sino acendrarse. Así, por trayectoria biográfica, ideológica y estética se inscribe dentro de los designios generacionales de los poetas del 50, con la dimensión crítica de que se trata uno de sus nombres “nucleares”, a pesar de que también siempre se ha visto en él una voz poética muy personal hasta el punto de ser considerado “un poeta en la frontera” (cf. Prieto de Paula, 1987). Pero, defendiendo la individualidad y personal cosmovisión poética de Sahagún -a cuya profundización dedico esta monografía-, creo oportuno, para su mayor comprensión, el situar su figura literaria, al menos como punto de partida, en el contexto generacional presentado, del que participa y al que enriquece con sus planteos creativos, a la vez tan personales, y tan dignos merecedores de una lectura autónoma.

Nota de agradecimientos.

Mi admiración y gratitud a D. Carlos Sahagún, que me abrió su poesía y su casa. A D. Miguel Ángel Lozano, por su lectura de este trabajo y por sus atenciones. A D. José Carlos Mainer, en quien busqué al maestro y encontré, además, al amigo. A Jesús Ramírez, compañero de 'encierros' y amigo de horizontes.

A Clara e Irene, a quienes debo estratos de este libro o el tiempo que me quitan y me dan.